

La trascendencia, perspectiva hacia lo eterno

Decimoctavo domingo del Tiempo Ordinario
31 de julio de 1977

Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23
Colosenses 3, 1-5.9-11
Lucas 12, 13-21

Muy queridos radioyentes:

Este domingo, que según el lenguaje litúrgico se llama domingo dieciocho del Tiempo Ordinario, no he tenido la dicha de celebrar con ustedes la eucaristía porque, como ya les avisé, he tenido que partir a Costa Rica para celebrar allá una reunión de carácter episcopal con representaciones de los episcopados de Centroamérica, México y el Caribe. Pero, gracias a la técnica, puedo dejar mi voz grabada en una cinta magnetofónica, para estar con ustedes siquiera en estos momentos de reflexión sobre la palabra de Dios que se lee precisamente este domingo.

Nuestra vida eclesial

Consagrando ya una reflexión a esta divina palabra que hemos escuchado, quiero pensar concretamente en esta arquidiócesis, en la que estamos haciendo esta reflexión para alimentar nuestra comunidad. Y vaya ante todo un saludo a todos los queridos radioyentes, una invitación cordial para que nos preparemos espiritualmente a la celebración de nuestra fiesta patronal, el Divino Salvador del Mundo, el próximo 6 de agosto. Quiero dedicar también un pensamiento muy cariñoso a la comunidad que vive

y se alimenta de esta palabra divina allá en Citalá. Es un simpático pueblecito en la frontera de nuestra república con Honduras, donde tuve la dicha de celebrar el *Corpus*, con las religiosas y aquella fervorosa comunidad, el lunes recién pasado. Les agradezco la acogida tan bondadosa que me dispensaron y que fue nada más un signo de la acogida que siempre dan a esta palabra. Supe allá un rasgo generoso que yo quisiera proponerlo como ejemplo a muchas comunidades. Y es que los domingos, como allá no tienen sacerdote, se reúnen en la Iglesia, habiendo convocado a la gente con los repiques, y a la hora de la misa de nuestra catedral ellos sintonizan allá su radio, oyen la misa hasta la hora de la comunión, cuando las hermanas distribuyen la comunión a aquella comunidad y terminan haciendo oraciones propias. De esta manera, esta palabra de la homilía de catedral llega a aquella comunidad que la recoge con el mismo fervor con que aquí lo hacemos en nuestro templo máximo. Les felicito por este gesto tan original y ojalá que muchas comunidades, en cantones y pueblos donde no hay sacerdotes, se alimenten de esta manera de la reflexión espiritual de la palabra de Dios.

Cuando regresábamos, con el querido párroco de La Palma, el padre Vito Guarato, visitamos la cabecera parroquial, La Palma. Y nos hemos dado cuenta del fervor que allá alimenta el espíritu de aquella comunidad parroquial. Y una cosa muy original es una vida espiritual que se traduce en gestos prácticos de vida, como es el taller titulado *La semilla de Dios*, bajo la dirección del señor Fernando Llort y sus colaboradores. Está creciendo allá una comunidad que, al mismo tiempo que desarrolla sus habilidades manuales, crece en el Espíritu, en la reflexión de la palabra de Dios, en la oración. Que el Señor bendiga esta obra suscitada por el Espíritu Santo y que toda la comunidad de La Palma crezca. Ha sido un alimento para mi espíritu de pastor el haber visto lo que puede hacer una comunidad cuando comprende esa encarnación de la palabra de Dios en la vida práctica. Y cómo quisiéramos que todos estos conflictos y situaciones sociológicas, económicas, políticas del mundo se resolvieran así como lo están resolviendo en La Palma: con un gran amor y un gran sentido del trabajo y un gran espíritu de oración.

También queremos recoger con agradecimiento el esfuerzo que están haciendo los encargados de los diversos aspectos de preparar la próxima celebración del Divino Salvador del Mundo.

Hay un activo comité de sacerdotes y laicos que han tomado a su cargo los diversos aspectos de esta complicada celebración. Decimos complicada porque queremos hacerla espléndida, para que el Divino Salvador del Mundo reciba el homenaje de la arquidiócesis y de la patria y nos bendiga copiosamente. Ya el programa es conocido y los encargados de desarrollar los diversos detalles están trabajando intensamente y con gran amor a nuestro Divino Redentor.

Hemos anunciado, para el 5 de agosto por la mañana, una convivencia del Apostolado de la Oración en la basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Hemos llamado también a todos los católicos a la tradicional *Bajada*, que será a las 4:00 de la tarde y que será transmitida por radio. Los que no pueden asistir, sírvanse de sus aparatos receptores sintonizando YSAX y los que asistan a esta tradicional *Bajada* procuren también poner al servicio de la muchedumbre sus aparatos receptores, sintonizándolos en esta emisora.

Por la noche del 5, llamamos a todos los que quieran hacer oración por la patria a la catedral. Allí, junto con los grupos de oración, junto con el Movimiento de Renovación en el Espíritu, vamos a intensificar bajo la guía y la inspiración del Espíritu Santo, una oración por nuestra Iglesia y por nuestra patria. Y el 6 a las 9:00 de la mañana, esperamos a todas las parroquias bajo sus estandartes en la plaza Barrios, frente a catedral, donde tendremos la dicha de honrar al Divino Salvador del Mundo con una solemne concelebración.

Hemos repetido los fines meramente espirituales de esta celebración y rogamos a todos los salvadoreños que no se dejen guiar por la mala voluntad y, por eso, no vayan a interpretar mal las intenciones de la Iglesia, que solamente quieren ser la de honrar al Divino Salvador del Mundo y atraer sus bendiciones sobre este querido pueblo, tan dichosamente puesto bajo el nombre dulcísimo del Divino Salvador.

Y junto a estos hechos que hemos recordado y que forman parte de la trama de nuestra vida eclesial, pensemos en tantas otras cosas que forman nuestra vida diaria. Pensemos en nuestros campos necesitados de lluvias, pensemos en nuestras cosechas esperadas, pensemos en toda la belleza de nuestros paisajes, en la vida de nuestro país. Ojalá pudiéramos verla en toda su profundidad. Y precisamente para eso nos invita la palabra de

Dios de este domingo, para que sepamos ver las cosas en su verdadera perspectiva. Este es el mensaje que yo quisiera subrayar hoy para ustedes y para mí, queridos radioyentes, el mensaje de la trascendencia.

La autonomía de lo temporal y la trascendencia

Trascendencia es una palabra que quiere significar la perspectiva hacia lo eterno, hacia Dios, hacia lo divino. Solo cuando se mira el mundo, las cosas, las riquezas, la tierra hacia Dios que les dio origen, las cosas tienen sentido. Cuando miramos las cosas, las riquezas y los bienes de la tierra sin tener en cuenta a Dios, las cosas se hacen vanas. Así lo describe el Concilio en una de sus frases lapidarias de la constitución de la Iglesia en el mundo de hoy: la creatura, sin el Creador se desvanece. Y voy a leerles todo ese párrafo del Concilio que me parece el mejor comentario de las lecturas de hoy. Está en la constitución de la Iglesia en el mundo actual, en el número 36, y dice así:

“Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia.

“Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es solo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada en una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las realidades de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser.

Son, a este respecto, de deploar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe.

“Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La creatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios, la propia creatura queda oscurecida”.

Hasta aquí el Concilio, y digo que este es el comentario más autorizado de las lecturas bíblicas de este domingo porque cuando el Antiguo Testamento nos dice: “Vaciedad sin sentido, vaciedad sin sentido, todo es vaciedad”, es una perspectiva de la creación prescindiendo del Creador. Todo es vano de veras. Las cosas no tienen sentido en sí mismas. Solamente esa autonomía que nos ha dicho el Concilio; es decir, las cosas tienen su ser, su belleza, su propio valor porque Dios se lo ha dado. Y en este sentido, sí recobran toda su belleza. Cuando las cosas se miran con esa trascendencia, con esa orientación, con esa perspectiva hacia Dios, entonces ya no son vaciedad, sino que tienen propia belleza, pero teniendo en cuenta que todo lo están recibiendo de Dios.

GS 36

Qo 1, 2

La misión de la Iglesia es dar a las cosas el sentido trascendente

En este sentido, también hay que analizar el Evangelio tan precioso de nuestro Señor Jesucristo de este domingo. Cuando le dice a aquel hombre que le pedía la colaboración para que su hermano repartiera su herencia y Jesús le dice que no es juez de estas cosas temporales, le está diciendo que mire hacia el origen de las cosas, que no son la fuente de la felicidad; que no es en tener como los hombres son felices, sino en tener las cosas pero mirando hacia Dios y la voluntad de Dios hacia estas cosas: “Mirad, —les dice Cristo—, guardaos de toda clase de codicia, pues aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes”.

Lc 12, 15

GS 42

He aquí una amonestación de los bienes terrenales hecha por Cristo. La Iglesia, como Cristo, no está puesta en el mundo para ser juez o árbitro de los bienes temporales. La misión de la Iglesia, ha dicho claramente el Concilio, no es de carácter social, político o económico, sino que es una misión religiosa. La misión de la Iglesia es darle a las cosas, a la política, a los bienes de la tierra su dimensión religiosa, su trascendencia. Por eso, la Iglesia siente como más íntimas las cosas de la tierra, porque las sabe unir con la voluntad de su Creador. Y tiene que denunciar cuando estas cosas creadas, los hombres las están subordinando al pecado. No es así como Dios quiere que se manejen las cosas. No es la codicia la ley de las cosas de la tierra. No es el egoísmo, no son los bienes tenidos solo para hacer felices a unos pocos. Es la voluntad de Dios, que ha creado las cosas para la felicidad y para el bien de todos, lo que nos exige a nosotros en la Iglesia a darles a las cosas su trascendencia, su sentido según la voluntad de Dios.

Lc 12, 20

Lo que sucede cuando el hombre pierde esta visión de la trascendencia lo describe maravillosamente la parábola del Evangelio de hoy. Aquel rico que hacía consistir su felicidad en haber cosechado mucho, llenar sus graneros y pensaba darse una gran vida disfrutando de sus cosas, se había olvidado de la muerte, se había olvidado de Dios, y por eso el Evangelio le recuerda: "Insensato, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?". Y esta es la vanidad que dice la primera lectura: haber trabajado tanto para adquirir tanto y tener que dejarlo. No se lleva las cosas materiales; solamente se lleva el haber usado las cosas materiales según la voluntad de Dios. Solamente acompañarán en el juicio eterno del hombre las actitudes internas; el haber manejado las cosas de la tierra, sin perder la perspectiva de la trascendencia, unir a Dios.

Y esta es, pues, la misión de la Iglesia en el mundo actual: el reclamarle a los hombres que miren con trascendencia todas sus actitudes, todas sus cosas: la política, lo económico, lo social, todo lo de la tierra. Los deberes temporales, los derechos humanos, todo lo de la tierra, tiene que ver mucho la Iglesia con ello, no porque ese sea el fin de su misión, porque su misión tiene que ser, cabalmente, darle el sentido trascendente, orientar hacia Dios los corazones de los hombres, y desde los corazones de los hombres, convertidos hacia Dios, crear un mundo mejor, un mundo más

conforme a la voluntad de Dios, en que todos nos sintamos hermanos, todos con un sentido de trascendencia hacia el Creador.

Queridos hermanos, estimados radioyentes, esta es la palabra del Señor en este domingo dieciocho del Tiempo Ordinario. Ha sido para mí una satisfacción haber recordado, junto con ustedes, que la vida y las cosas que la vida nos da no tienen sentido; son vaciedad, se disipan, se diluyen, mientras no las veamos en su origen, que es Dios, que les está dando el ser, la belleza, la consistencia. Y si de Dios tienen su belleza, su consistencia, las cosas de la tierra que manejamos no las podemos manejar sin tener nuestros ojos clavados en Dios para preguntarle cómo quiere que las manejemos. Que no nos olvidemos de Dios, que no nos olvidemos de que un día tenemos que darle cuenta y que nuestra actitud frente a las cosas de la tierra recibirá una respuesta de Dios, que será un premio o un castigo. Que se manejan las cosas de la tierra como Dios quiere que se manejen y no de otra manera.

Por cumplir este deber, la Iglesia sufre la persecución, la incomprendición. Pero la Iglesia no puede hablar de otro modo y tiene que inquietar a los hombres que se quieren dormir sobre sus bienes, sobre sus triunfos, sobre sus poderes. Y la Iglesia tiene que recordarles, como Cristo en el Evangelio de hoy: insensatos, ¿que no sabéis que hay que dar cuenta a Dios de esas cosas?, ¿que habéis olvidado que las cosas tienen su razón de ser, su existencia, su consistencia, su valor, su belleza, solo porque Dios les está dando esas cosas? Manejádlas, pues, como Dios quiere que las manejemos, con un sentido de trascendencia.

Y elevándonos a Dios, terminamos nuestra reflexión con una bendición que con cariño de pastor quiero impartirles. La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros. Amén.